

BX930

I5

1849

c. 1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



RELIGION.

ESTE tratado tiene por objeto el definir y explicar lo que se entiende por RELIGION; esa palabra sagrada que con mas fuertes lazos ha unido ó separado constantemente á los hombres de todos los paises y de todos los siglos. Se dividirá en dos partes. En la primera examinaremos la religion considerada en general; cuál es su objeto ó el fin á que se dirige; y por qué razon es una ley para el hombre, como ser inteligente y moral. En la segunda daremos á conocer los dogmas de los principales cultos que se reconocen en toda la tierra, y esplicaremos en qué se diferencia cada culto particular de los demas, y de la religion en general.

011225

PRIMERA PARTE.

La moral es la misma en todas partes, es universal, y ha sido en su esencia igual en todos los tiempos y en todos los países. Donde quiera que se encuentre el hombre, lleva en sí la noción del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto; y hablando con propiedad, esto es lo que le constituye hombre. Esta noción puede estar mas ó menos desarrollada en tal ó cual pueblo ó individuo, porque es infinita; pero es en su base especial, es conocida de todos, por ser la luz que ilumina al hombre cuando viene al mundo. De este principio universal de la moral, se ha querido deducir esta consecuencia, por desgracia demasiado generalizada en el día. ¿De qué sirve la religion? ¿Qué puede enseñarnos que no sepamos ya? Es cierto que la religion nada enseña de nuevo al hombre, diciéndole: "haz el bien y evita el mal:" antes que la religion, se lo habia dicho su propia conciencia; pero la moral necesita una base, y ésta solo puede dársela la religion, uniéndola y ligándola al gran principio que le sirve de fundamento.

"Hay un lugar en que se cria la plata, dice la Sagrada Escritura, y una mina en que se encuentra el oro."

"El hierro y el cobre se hallan en las entrañas de la tierra."

"En ellas se forma y crece el zafiro, y el hombre sabe descubrir los tesoros mas ocultos, penetrando en la profundidad de las tinieblas."

"Mas ¿en dónde se hallará la sabiduría? ¿en qué lugar tiene su morada la inteligencia?"

"El hombre no conoce su precio; ella no habita en la tierra de los vivientes."

"El abismo, ha dicho; la sabiduría no se encuentra en mí; y la mar, yo no la conozco."

"No puede comprarse ni aun á peso de oro, ni adquirirse con la plata mas pura."

"El oro de Ofir no la iguala en precio, y sobrepuja al que puedan tener el onyx y el zafiro."

"El cristal y la esmeralda no pueden compararse con ella, ni tampoco las mas ricas y preciosas galas."

"El coral y el berilo se oscurecen en su presencia, y es mas preciosa que las perlas del mar."

"No se puede comparar con los topacios de Etiopia, ni puede cambiarse por las mas ricas telas de tisú."

"¿De dónde viene, pues, la sabiduría? ¿Cuál es la morada de la inteligencia?"

"Ella está oculta á los ojos de los mortales, y es desconocida aun á las aves del cielo."

"El sepulcro y la muerte han dicho: nosotros hemos oido hablar de ella."

"Mas solo Dios conoce sus caminos, y él solo sabe en dónde habita."

"El, cuya vista alcanza hasta las estremidades de la tierra, y cuya mirada abraza todo lo que está debajo de los cielos."

"Cuando pesaba la fuerza de los vientos, y cuando media las aguas del abismo."

"Cuando daba leyes á las lluvias, y señalaba el camino á los rayos y á las tempestades."

“Entonces vió á la sabiduría, entonces la manifestó; pero la encerró en sí mismo y sondeó sus profundidades.”

“Y dijo al hombre. Teme á Dios, hé aquí la sabiduría: huye el mal, hé aquí la inteligencia.” (Job. 28.)

¡Dios! él es el origen y el principio de la moral, y por consiguiente, sin la religion, que es el lazo que une al hombre con Dios, el bien y el mal, lo justo y lo injusto, no serian mas que voces sin sentido, y a las que seria preciso haber perdido el juicio, para considerarlas como la regla suprema y el móvil eficaz de nuestras acciones. Raras veces se concilian nuestros deberes con los placeres y el interes, y no pocas tenemos que sacrificar los bienes presentes, los bienes de la vida en obsequio de la virtud. Para hacer estos sacrificios, es preciso que amemos: ¿y puede ser objeto de nuesro amor las palabras, las ideas y los entes de razon? Cuando Platon invitaba á los hombres á la contemplacion de las ideas eternas de la verdad, de la belleza y de la bondad, se las proponia no como simples abstracciones, sino como seres reales y positivos, cuya celestial hermosura era superior á cuanto pudiera creer la imaginación del mas encantador y bello. “¿Amáis, les decia, una cosa porque es bella? ¿Qué seria, pues, si os fuese permitido llegar á ver y á contemplar la belleza misma, la belleza viva, la belleza eterna, respecto de la cual las bellezas temporales y pasajeras no son mas que un débil y pálido reflejo?” Estas sublimes concepciones del mayor de los filósofos de la antigüedad, son

las que tal vez han inspirado á San Agustin las siguientes dulcissimas palabras sobre el amor de Dios: “¿Qué es lo que yo amo, ¡oh Dios mio! cuando os amo á vos? No es ciertamente el brillo y resplandor de la luz que tantos atractivos tiene á nuestros ojos: no es tampoco la grata armonía de la música, ni el suave olor de las flores y de los perfumes, ni el maná, ni la miel, ni el placer, ni los deleites de los sentidos. Nada de esto amo cuando amo á mi Dios; y sin embargo, amo una luz, una armonía, un olor, un manjar delicioso y un placer inefable, cuando amo á mi Dios. Esta luz, esta armonía, este olor, este manjar y este placer, se encuentran en el fondo de mi corazon; y en esta parte interior é invisible de mí mismo, vé mi alma brillar á sus ojos una luz que no la encierra el espacio; oye una armonía que el tiempo no puede medir, respira un perfume que no disipa el aire, saborea un alimento que jamas se disminuye; se une, en fin, á un objeto infinitamente amable, cuya posesion y goce jamas cansa en el espíritu. Esto es lo que yo amo amando á mi Dios. Y ¿qué es todo esto? Yo lo he preguntado á la tierra y me ha respondido: no soy yo eso que tú amas, y lo mismo me han dicho todas las criaturas que la tierra contiene. Lo he preguntado al mar, y á los peces que encierran sus abismos, y me han respondido: nosotros no somos tu Dios, búscalé en otra parte. Igual pregunta he hecho al aire que respiramos, y me la contestado con todas las aves que le pueblan: nosotros no somos tu Dios. Tambien lo he preguntado á los cielos, al sol, á

la luna y á las estrellas, y me han contestado: nosotros no somos el Dios que tú buscas. Por último, me he dirigido á todos los seres que me rodean, y les he dicho: puesto que no sois mi Dios, enseñadme alguna cosa de él. Y todos han exclamado á una voz: *“El es quien nos ha criado.”* (Confesiones X. 6.)

Lo que distingue en este lugar á San Agustin, de Platon, es que el santo doctor no separa de Dios las ideas eternas de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello; en tanto que Platon parece que las considera como seres distintos. Concluyamos, pues, con él sin rebajar en nada el génio del filósofo griego, cuyas obras prestaron á San Agustin tan sublimes inspiraciones, que Dios es la fuente de todo lo que es verdadero, de todo lo que es bueno, y de todo lo que es bello; ó por mejor decir, que Dios es la verdad, la bondad y la belleza misma.

No nos detendremos mas tiempo en demostrar que sin la religion que nos invita á amar á Dios, la moral no sería mas que una vana especulacion: esta es una verdad universalmente reconocida; pero para amar á Dios, es preciso creer en su existencia y tener fé en su divina palabra. Demos una rápida ojeada á las principales pruebas de la existencia de Dios, que es el dogma fundamental de la religion.

I.

Por tres caminos distintos se puede llegar á la noción de un sér que preside al universo. El mas natural y sencillo es el de considerar el

orden que reina en el universo mismo. Esta idea ha suministrado materia para escribir gruesos volúmenes, y todos los argumentos que contienen pueden reducirse á éste. Cuando vemos un bello edificio, nos decimos á nosotros mismos. Este magnífico edificio, tambien acabado y tambien distribuido, no se ha hecho á sí mismo. Un arquitecto inteligente y hábil ha trazado el diseño y ha dirigido la ejecucion. Del mismo modo, cuando contemplamos el magnífico espectáculo del universo, deducimos la consecuencia de que un sér inteligente y superior ha presidido á su formacion y lo ha criado. Y con efecto, ¿podemos considerar la multitud de cuerpos que componen el universo, su variedad, su belleza, su estension, su mútuo enlace, sus movimientos tan regulares y constantes, sin que nos ocurra la idea de que solo pueden haber sido criados y ordenados por una mano sabia y poderosa? El elocuente Fenelon ha tratado esta materia con la estension debida en su libro de la existencia de Dios, al que remitimos á nuestros lectores, limitándonos á dar aquí un resúmen de lo mas notable que en él se encontrará, sobre las maravillas que nos rodean en cada uno de los llamados vulgarmente cuatro elementos. La tierra, por ejemplo, esta masa tosca y sucia, se trasforma en mil bellos objetos, que son el encanto de la vista, y utilísimos al hombre bajo todos conceptos. En un solo año produce los botones, las hojas, las flores, las frutas y las semillas que deben renovar despues sus liberalidades en favor y provecho de los hombres. Nada agota su fecundidad prodigio-

sa: cuanto mas se la trabaja, mas produce, y mas se aumenta su liberalidad. Despues de tantos siglos, durante los cuales todo ha salido de ella, sus entrañas se encuentran aun llenas de los mismos tesoros. Todas las cosas envjecen, menos la tierra que goza de perpétua juventud. La desigualdad de los terrenos que á primera vista parece una imperfeccion, se convierte en objeto de adorno y utilidad. Las montañas y los valles están situados en el lugar que Dios les ha señalado: dos diferentes terrenos tienen ventajas particulares y producen diversos frutos, segun el modo con que son heridos por los rayos del sol. En los valles y cañadas crece la fresca yerba que sirve de pasto á los ganados; y no lejos de ellas se estiende la vista por dilatadas campiñas, cubiertas de ricas y abundantes espigas. Las pendientes y laderas de las montañas se elevan en forma de anfiteatros pintorescos cubiertos de viñas, y de árboles frutales. Por otro lado, montes altísimos, cuyas cimas cubiertas de nieve todo el año, se ocultan en las nubes, producen las fuentes y manantiales de donde se forman los ríos. Esta variedad cria los mas encantadores paisages, al mismo tiempo que contribuye á satisfacer todas las necesidades de los hombres; y no se encuentra ningun terreno tan ingrato que no tenga alguna propiedad recomendable.

Examinemos ahora el agua. ¿Cuál ha sido la mano industriosa que ha sabido hacerla tan fluida, tan sutil, tan á propósito para deslizarse, tan incapaz de consistencia, y al mismo tiempo, tan apta para los trasportes, y tan vigorosa pa-

ra arrastrar las mas pesadas moles? Su docilidad es esrema, y el hombre la maneja como un ginete á su caballo: la distribuye como le place, la eleva sobre montañas escarpadas, y se sirve de su propio peso para producir caídas útiles á las artes, haciéndola subir tanto como habia descendido. Estas mismas aguas, que no obstante su fluidez son un cuerpo pesado, se evaporan, se elevan sobre nosotros, y permanecen suspendidas en el aire por mucho tiempo. Tal es el fenómeno de las nubes que parece que vuelan en álas de los vientos. Si las aguas contenidas en las nubes se precipitaran á torrentes, inundarian y arrazarian todo el terreno que comprendieran, y el resto permanecería árido. ¿Qué mano es la que las tiene suspendidas, y no las permite que caigan sino gota á gota? ¿De dónde proviene que en ciertos países situados entre los trópicos, sean tan abundantes los rocíos, que suplan á las lluvias de que en ellos se carece; y que en otros, como los que se hallan á las orillas del Ganges y del Nilo, sean inundados periódicamente por estos ríos, con lo que se riegan y benefician las tierras, y se satisfacen las necesidades de los pueblos? De este modo, el agua no solo refrigera á los hombres, sino tambien á las tierras áridas y secas; y el que nos la ha dado, la ha distribuido con tan especial cuidado por toda la superficie del globo, como pueden estarlo las de los estanques y canales de un jardín. Las aguas nacen de las altas montañas en que esta su receptáculo: forman arroyos crecidos en los valles, los que aumentándose son despues ríos caudalosos en las campiñas que

atravesan y riegan, reuniéndose al fin en el mar, para constituir ese gran centro del comercio de las naciones. Ese Oceano inmenso que parece haber sido colocado en medio de la tierra para separar entre sí las naciones y los continentes, es por el contrario el lazo de union de todos los pueblos que no podrian ir por tierra del uno al otro extremo del mundo sin grandes fatigas y peligros, y sin largos viages. Por este camino sin huellas ni senderos, y al traves de los abismos, se dan la mano los dos continentes; enviando el antiguo mundo sus productos y manufacturas al nuevo, y recibiendo en cambio de éste sus frutos y sus riquezas. Las aguas distribuidas con tan singular artificio, circulan por la tierra como la sangre por el cuerpo humano. Ademas de esta constante circulacion de las aguas, debemos tambien considerar otra circunstancia no menos sorprendente y maravillosa: tal es el flujo y reflujo del mar. ¿Quién es el que ha trazado sus pasos con tanta exactitud y regularidad? Un poco mas ó un poco menos de movimiento en este inmenso fluido, desconcertaria toda la naturaleza, causando inundaciones de reinos enteros. ¿Quién es el que ha sabido tomar medidas tan exactas y precisas respecto de un cuerpo tan inmenso? ¿Quién el que ha sabido evitar los excesos de mas y de menos? ¿Qué dedo ha señalado al mar el límite indestructible que debe respetar en la série de los siglos, diciéndole: "Hasta aquí llegarás y no pasarás mas adelante: esta frágil barrera quebrantará el orgullo de tus olas?" (Job. XXXVIII. 2.) Mas estas aguas, tan flui-

das y corrientes, se convierten en algunos paises durante el invierno, en cuerpos sólidos tan duros como las rocas. Las cumbres de las altas montañas están tambien cubiertas en todo tiempo de hielos y nieves, que son el origen de los rios que, regando las praderas, las hacen mas fértiles y abundantes. En este lugar las aguas son dulces para que sirvan de refrigerio al hombre, y en ajuel otro contienen en disolucion una sal que sirve para condimentar los alimentos, y preservarlos de la corrupcion. Despues de haber considerado el agua, pasemos á ocuparnos del aire.

Este es un cuerpo tan puro, tan sutil y tan trasparente, que los rayos de luz á pesar de hallarse colocados los astrós á una distancia inmensa, le atraviesan en un instante y sin obstáculo, para venir á iluminar nuestros ojos. Si fuese algo mas denso nos privaría de la luz del sol, ó á lo menos solo llegaría hasta nosotros un resplandor sombrío y confuso, como sucede en tiempo de densas nieblas. Vivimos sumergidos en abismos de aire como los peces en las aguas; y así como si esta se enrareciera ó se condensara quitaría la vida á los peces, el aire nos privaría de la respiracion y nos causaría la muerte si se volviera mas sutil, mas denso ó mas húmedo. ¿Qué potencia invisible escita ó sosiega repentinamente las tempestades de este gran cuerpo fluido, de las que las del mar no son sino su consecuencia? ¿De qué depósito se sacan los vientos que purifican el aire, refrescan las estaciones calorosas, templan el rigor de los inviernos, y cambian en un instante

la faz del cielo? Sobre las álas de los vientos se trasladan las nubes del uno al otro extremo del horizonte. Conocidos son los vientos periódicos de los mares de la India, los cuales, durante cierto tiempo, soplan constantemente en una direccion, y el resto del año en otra; facilitando en gran manera tan larga y difícil navegacion, con tal que la prevision del hombre sepa aprovecharlos. En fin, levantemos los ojos hácia el cielo, y consideremos ese fuego encendido en los astros, que todo lo baña con su luz benéfica. El es como el alma de todo lo que vive, él consume todo lo impuro y renueva todo lo que ha purificado. Este elemento pareció tan admirable á los antiguos, que dió origen a la creencia de ser un tesoro celestial que el hombre habia arrebatado á los dioses. A vista de tantas y tales maravillas, ¿cómo sin ser ciego puede decirse que el mundo es obra de la casualidad? Otra prueba no menos concluyente de la existencia de Dios, es la que se deduce del sentimiento unánime del género humano. Recorramos la tierra en todas direcciones; de los países civilizados, de las naciones sábias, pasemos al fondo de los bosques, á las hordas salvajes: entremos en la tienda del árabe, en la cabaña del negro, en la choza del cafre y del samoyedo: en todas partes encontraremos la creencia de un primer ser, padre y origen de todos los demas seres; en todas partes oiremos hablar de Dios. Los pueblos pueden ser diferentes por sus costumbres y por su idioma; pueden estar separados por mares inmensos y divididos por rivalidades sangrientas; pero hay un punto

en que todos convienen: la creencia en Dios. Podrán variar en la idea que se hayan formado de él, no estarán conformes en los homenajes que le rindan, en sus prácticas y ritos sagrados; pero esta diversidad en nada altera el fondo de la doctrina. Se ha dicho que el temor ha dado origen á los dioses, y que la religion es hija del miedo que inspiran los fenómenos de la naturaleza á veces espantosos y terribles. Es verdad que los ignorantes se asustan mas fácilmente que las personas ilustradas de semejantes fenómenos; mas este temor no es la primera causa de los sentimientos religiosos. La idolatría mas antigua ha sido el culto de los astros, del sol, de la luna y de los elementos, porque se suponía que estos seres benéficos estaban animados; y esta idea no era privativa del pueblo, sino tambien de los filósofos. ¿Qué calamidades, qué desgracias han experimentado los hombres de parte de los astros? ningunas; y por el contrario, han admirado su brillo, su magestuosa marcha, y han reconocido los servicios que les hacian. Los poetas los han celebrado en sus himnos, y nunca les han atribuido ni cólera ni malignidad. La admiracion y el reconocimiento, mas bien que el temor, son los que han inspirado su culto. Lo mismo puede decirse de los alimentos; casi siempre son bienhechores; y rara vez se nos presentan en estado de trastorno; sirven mas para la conservacion y bienestar del hombre que para su destruccion. Los homenajes que se tributaban á Júpiter y á Juno como dispensadores del buen tiempo y de la lluvia; á Vesta y á Vulcano como conservadores

del fuego: á Neptuno, á los rios; á las ninfas de las fuentes, á la tierra *alimentadora*, y á Céres tenían por objeto, ó pedirles beneficios, ó darles gracias por los que habian recibido; y nunca el de apaciguar su cólera, ó el de llorar las desgracias con que les habian afligido. El título que ordinariamente se daba á los dioses, era el de *bienhechores*: á cada uno en particular le llamaban *padre*, y á las diosas las daban el nombre de *madre*; y á la verdad estos signos no eran los del terror y la desconfianza. La ignorancia de las causas que producen los fenómenos de la naturaleza pudo haber dado origen á una falsa religion; pero no debe confundirse la idea de Dios y de la religion en general, con la falsa aplicación que se haya hecho de esta idea; ni el sentimiento de una causa inteligente que rige á la naturaleza, con el terror de los que suponen muchas causas ó muchos motores. Un error nacido de la ignorancia, nada tiene de comun con una verdad dictada por la razon, por la naturaleza y por el sentimiento. La idea de la existencia de Dios no fué ni ha sido nunca obra de la política de los legisladores, ni de la impostura de los sacerdotes. No puede citarse uno siquiera de los legisladores conocidos, que haya sido el primero en anunciar la idea de Dios á un pueblo ateo. Los filósofos indios hacen profesion de haber recibido la religion que enseñan del mismo Brahma. Confucio ha asegurado que no hacia más que repetir las lecciones de los antiguos sábios de la China; y nunca ha confesado que él fuera el autor de la religion que predicaba. Zoroastro inventó su sistema para

apartar á los persas de la idolatría y no para curarlos del ateismo. Moisés enseñó á los judíos á adorar *el Dios de sus padres*, el Dios de Adán y de Noé, y no un Dios desconocido. Mahoma pretendía renovar la religion de Abraham y de Ismael, entre los árabes idólatras, judíos ó cristianos. Es verdad que todos los legisladores han recomendado la religion, que la han dado una forma fija, y que han establecido leyes sobre esta base; pero nunca han sido sus autores ó creadores. Estas mismas razones prueban que la religion tampoco fué obra de la impostura de los sacerdotes, puesto que sería un absurdo suponer que hubo sacerdotes ó ministros de la religion y del culto, antes que hubiese religion. El sacerdocio ha nacido de la religion, y no la religion del sacerdocio. Queda, pues, demostrado, que el género humano ha creído y cree siempre en Dios, y que esta creencia es un sentimiento de la naturaleza humana.

El tercer argumento es mas metafísico, y no está al alcance de todos los entendimientos, aunque conduzca á conocimientos mucho mas vastos: hélo aquí en resúmen.

Yo existo; luego existe alguna cosa. Si hay alguna cosa existente, debe haber tambien alguna que exista desde la eternidad, porque todo sér, ó existe por sí mismo, ó ha recibido de otro su existencia. Si existe por sí mismo, es un sér necesario, ¡y este ser es Dios! si ha recibido su sér de otro, y este segundo de un tercero, el último que no haya recibido su existencia de nadie, y que sea el origen de todos los demas, debe ser necesariamente Dios. No podemos

concebir que un sér dé á otro la existencia sin que tenga el poder de criarle; pues suponer que este sér la recibió de otro, éste de otro anterior, y así sucesivamente hasta lo infinito, es un absurdo. Estos séres no tendrían ninguna causa de su existencia: considerados todos juntos, no habría causa alguna esterna que pudiera dársela; y cada uno en particular no tendría causa interina de que proceder, es decir, todos juntos á nadie deberían su existencia, y ninguno de ellos en particular existiría por sí mismo, y esto es el colmo de la necedad. Debemos, pues, confesar que hay un sér que existe solo por sí mismo desde la eternidad, que este es el principio y origen de todos los demás séres, y que es esencialmente infinito en su duracion, en su inmensidad y en su poder; porque ¿quién podría fijarle límites? Mas se dirá; el mundo material y visible es precisamente el sér que buscamos. Examinemos de buena fé si esto es posible.

Si este mundo material es existente por sí mismo y de una necesidad absoluta, esto es, si es eterno é inmutable, y no puede dejar de serlo, es una contradiccion suponer que cualquiera pequeña parte del mundo sea de distinta naturaleza que el todo, porque si en este momento existe por una necesidad absoluta, esta palabra excluye cualquiera otra manera de sér. Pero esta mesa en que escribo, y la pluma de que yo me sirvo, no han sido siempre lo que son ahora; los pensamientos que trazo sobre el papel no existían hace un momento: luego estas cosas no existen necesariamente. Luego si cada parte

no existe por una necesidad absoluta, tampoco puede existir el todo, que no es mas que la coleccion de sus partes. Yo produzco un movimiento, y este movimiento no existía antes; luego el movimiento no es esencial á la materia; luego la materia le recibe de otra parte; luego solo Dios es el que puede darlo. Yo existo; mas yo no he existido siempre, y sin Dios no sé explicar mi existencia. Muy fácilmente podría yo ascender de familia en familia, y de siglo en siglo; pero al fin hallaría un hombre que fué el primero de todos, que se encontró sobre la tierra organizado, vivo y con la facultad de sentir, sin haber nacido como yo de un padre y de una madre preexistentes; y aunque prolongara hasta los tiempos imaginarios esta cadena de generaciones, llegaría por último, mas pronto ó mas tarde, á un primer eslabon. No puede tampoco admitirse que ha habido desde la eternidad individuos de nuestra especie, que hayan existido por sí mismos, necesariamente y que sean la raiz de todos los demás, porque estos individuos necesarios existirían aún: lo que existe por la necesidad de su naturaleza, no puede dejar de existir jamas; y ¿dónde se hallan esos individuos de nuestra especie que sean eternos? En fin, la inteligencia no es esencial á la materia, porque una roca ó un leño no piensan. ¿De qué modo, pues, las partes de la materia que piensan y que sienten, habrán adquirido ó recibido la sensacion y el pensamiento? No puede ser de sí mismas, puesto que las sensaciones las reciben á pesar suyo, ni de la materia en general, porque el pensamiento y la sensacion no

son de esencia de la materia. El pensamiento es una chispa de la inteligencia divina; inteligencia que existe desde toda la eternidad, alumbrada por la luz inestiguable y sin principio, que de ella misma procede.

Estas son en resumen las pruebas de la existencia de Dios, de que se han escrito gruesos volúmenes: vamos á esponer con la misma brevedad las objeciones que se han hecho contra ellas por los filósofos y los impíos.

1.º Si Dios, dicen, no es este mundo material y visible, él lo ha criado; y ó lo ha sacado de la nada, ó de sí mismo; y ni lo uno ni lo otro es admirable. De la nada no puede ser, porque de la nada ninguna cosa sale; ni tampoco de sí mismo, porque en este caso el mundo sería parte esencial de la naturaleza divina. No podemos adquirir una idea clara de la creacion; no podemos comprenderla; luego no debemos admitirla.

2.º Si Dios existe, si el mundo tiene por autor á un sér omnipotente, infinitamente sábio y bueno, ¿en dónde se ven los rasgos de esa omnipotencia, de esa sabiduría, y de esa bondad que preside á los destinos humanos? ¿Por qué es la tierra un valle de lágrimas, de penas y de sufrimientos? ¿Por qué vemos esos desórdenes, esos vicios y esos crímenes, que manchan la faz de las naciones? ¿Por qué existe el mal? Si Dios no ha querido impedirlo, ¿dónde está su bondad? Y si queriéndolo no ha podido, ¿dónde está su omnipotencia?

Los argumentos contra la creacion se reducen á manifestar que nos es imposible comprender-

la, mas no que ella sea imposible en sí misma. Para que la creacion fuera imposible, era preciso probar antes que no habia Dios, y justamente su existencia es una verdad que no admite duda. Se nos objetará tambien que no podemos comprender cómo ni de qué modo exista el Sér Eterno; pero esto, lo único que prueba, es que un sér infinito no puede ser concebido por finito y limitado. Finalmente, de que una cosa esceda los límites de nuestra capacidad, no se infiere como consecuencia legitima, que no exista, pues en este caso deberiamos negar nuestra propia existencia, que es una especie de creacion tan incómprensible como la del mundo entero. Mr. de Lamennais ha dicho con razon, que el verdadero ateo sería el que dijese, "nada existe."

En cuanto á las objeciones deducidas de la existencia del mal, para que fuesen de algun valor, deberian probar los que las hacen, que el mal es una cosa real y absoluta como lo entendian los antiguos persas, y posteriormente los discípulos de Manés, llamados por esto maniqueos, que admitian dos principios eternos, el uno infinitamente bueno y autor del bien, y el otro infinitamente malo, ocupado siempre en causar mal. De este modo esplicaban el origen del bien y del mal, que vemos mezclados en el mundo. Mas esta doctrina es tan absurda, que no puede sostenerse.

1.º Estos dos principios existirian por sí mismos, y serian necesarios, ilimitados y perfectos, lo que es una contradiccion. Por otro parte un sér infinitamente malo, sería infinita-